

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

HISTORICO

El dolor es un gran maestro del hombre, un gran bienhechor, un grande amigo; tal vez un poco duro y nada agradable, pero no por eso menos precioso. Tiene un caudal que regalarnos, la experiencia; tiene una joya que cedernos la virtud. El hombre que sufre, levanta instintivamente los ojos al cielo. El mejor de los hombres necesita del castigo alguna vez, si ha de humillar su cabeza, y domar la soberbia del corazón. Como prueba de lo dicho, va de cuento.

Las tropas francesas, españolas é inglesas habían pisado las playas de Veracruz, y el Gobierno mejicano se aprestaba á esa lucha que han llamado algunos la *segunda independencia*.

En una de esas hermosísimas y serenas tardes que solo se ven en Méjico, oyóse el redoble de un tambor, y un batallón de infantería ocupó á S. Andrés Chalchicomula. Entre acuartelar la tropa y dar otras disposiciones se pasó la tarde, y ya entraba la noche, cuando un jóven oficial de gallarda presencia entró en la sala de una de las principales casas de la población. La familia que la habitaba se componía de una preciosa jóven llamada Dolores y de su anciano padre llamado D. Justo.

—Ya ven ustedes, dijo el oficial abrazándolos; aun no me quito el polvo del camino, y mi primera visita es para los amigos.

—Mil gracias, Carlos, mil gracias, respondió D. Justo; pero siéntese usted; y díganos qué vientos le traen por acá.

—No debe usted ignorarlo; soy militar está mi patria amenaza por el extranjero, y voy á cumplir con mi deber. Pienso detenerme algunos días, pero marcharé enseguida, pues anhelo batirme.

Estas palabras, un poco fanfarronas, hicieron sonreír á D. Justo, y sobresaltaron á la niña, pues Carlos y Dolores se querían: es decir, ella le quería á él; pues el oficial como la generalidad

de los calaveras tomaba el amor por entretenimiento.

Al anuncio de que Carlos marchaba al encuentro del enemigo, la jóven sintió oprimírsele el corazón.

—Carlos, exclamó con piadosa sencillez, en el combate pudiera usted morir, y yo no quiero que muera. Hay en esa población una bella y veneranda imágen de Jesucristo, á la cual rogaré por usted. Pero es necesario que usted coadyuve al mismo objeto, y para eso voy á darle una bendita medalla de la santa Virgen. Ofrézcame imprimir sus lábios con fé en esa medalla y rezar diariamente una *Ave María*.

—Dolores, le respondió el oficial con bastante grosería; no creo en farsas, ni las sé practicar. Es preciso ser muy cándido para suponer que si una bala viene derecha, las oraciones de usted ó esa medalla sean capaces de torcerla. ¡Oh, mal haya el fanatismo! prosiguió el jóven con acento trágico: créame usted, Dolores, si llevo á casarme, será con una mujer que, en vez de perder el tiempo rezando, piense en mí, me ame como yo á ella, y convierta mi hogar en un eden, no en un convento.

—Pues yo, dijo Dolores cambiando de tono, si me caso, será con un hombre que santifique mi hogar con su buen ejemplo en vez de profanarlo con sus blasfemias; si me caso, será con un hombre que me ayude á sembrar en el corazón de nuestros hijos simiente de virtud, y no con el que destruya mi obra. ¡Oh! prosiguió Dolores, mientras una lágrima se deslizaba silenciosa por su pálida mejilla; ruego á Dios que no me dé por esposo un nombre así, pues el que es ingrato con Dios á quien debe la vida, y el pan que le alimenta, y el aire que respira, mas lo será conmigo, que solo puede darme amor... grande, sí, pero defectuoso como todas las cosas humanas.

Calló Dolores, y también Carlos calló completamente aturdido. Lo que menos esperaba era esta santa respuesta. Como todos los impíos sin excepción alguna, abrigaba Carlos en su corazón mucha soberbia. Conocía el cariño que

le tenía Dolores, y creyó que dando á elegir á la pobre niña entre su amor y su fé, por lo menos callaría desecha en lágrimas, pero se equivocó y se sintió profundamente ofendido. Iba á contestar cuando tomó la palabra D. Justo.

—¿Dice usted que no cree? Carlos exclamó; ¡que desgracia! ó por mejor decir, ¡que mentira! En las palabras que ha pronunciado no hay más que un tributo á la moda. Es imposible que usted no crea; usted ha tenido una madre mejicana, y por lo mismo piadosa y buena. Ella sembró la fé en el corazón de usted, y, créame, ahora podrá usted olvidarla, pero cuando se halle usted en amarga tribulación, cuando algún día á solas con sus dolores, no encuentre usted consuelo en la tierra, irá á buscarlo en el cielo; y ese corazón orará, esos labios besarán el suelo; esas manos golpearán el pecho en señal de arrepentimiento. ¡He visto tantos ejemplos! Aun no hace mucho tiempo que el Citlaltepétl hizo una de las suyas: cierta noche la tierra tembló, se oía un ruido aterrador, las jentes huían:... pues bien, los que con más altos gritos pedían misericordia eran precisamente los pocos *espíritus fuertes* que hay en el pueblo: ellos; los que odiaban al clero, al otro día se descubrían ante el cura y le besaban la mano: el Santo Cristo que aquí se venera obtuvo de ellos las mejores ofrendas.... Si le ocurriese á usted algo parecido, usted sería el primero....

—¡Nunca! exclamó el jóven encendido en cólera y poniéndose violentamente en pié. ¡Nunca! Si la tierra temblase, maldeciría al volcán, pero no bendeciría ni pediría al cielo..... Juro, añadió, perdiendo por completo los estribos, que mañana arranco de su altar á ese Cristo tan venerado por este pueblo fanático, y lo hago despedazar por mis soldados. (Histórico.)

—¡Guardese usted de ello! exclamó D. Justo poniéndose serio.

—¡Bah! ¡tengo la tropa bastante para meter en cintura á todos los imbéciles de Chalchicomula!

—¡Valiente hazaña haría usted asesinando

nando á quien no puede defenderse!

—¡Señor! exclamó el jóven ya ciego; sinó estuviera en su casa,...

—Y á fe que me pesa haberle abierto á quien solo entró en ella para insultar mis creencias.

Iba Carlos á lanzarse sobre el anciano; pero Dolores se interpuso, y señaló al oficial la puerta con tan resuelto ademán, que este obedeció: salió á la calle, y convulso por la colera, fué á encerrarse á un aposento que para su habitación habia elegido en la Colecturia, donde los soldados guardaban el parque.

II

—¿Quiere usted luz, mi capitán? preguntó á poco un asistente entreabriendo la puerta.

El jóven no contestó; tan ensimismado le tenia el disgusto.

—¿Quiere usted luz? insistió con timidez el soldado.

—¡Vete al demonio! gritó Carlos.

El asistente se marchó con viento fresco.

Entonces pasaron algunos minutos.

Más de repente se oyó una detonación espantosa. La tierra tembló con violencia. Las paredes se agitaron y el techo de la habitación se desplomó con estrépito, sepultando bajo sus ruinas al desgraciado oficial.

Habia volado todo el parque depositado en la Colecturia. Una lluvia de piedras, de polvo, de maderos encendidos, de granadas que iban estallando á intervalos segun la duración de su espoleta, habia caído sobre la población, y las casas más inmediatas á la Colecturia vinieron al suelo por el empuje del agitado viento. Las víctimas... pero ¿qué referir episodios ajenos á nuestro relato? El recuerdo de esa catástrofe vivirá siempre en la memoria de los habitantes de Chalchicomula.

Volvamos á Carlos. Las dos paredes que sostenian el techo de la habitación en que se hallaba, no tenian el mismo espesor ni la misma solidez; así es que á la explosión, la una se abatió enteramente, viniendo al suelo, mientras que la otra permaneció en pié, aunque llena de profundas grietas. Por razón natural, las vigas del techo quedaron apoyadas en esa pared por un extremo, mientras que por el otro tocaron en la tierra, formando una especie de tinglado bajo el cual, por un milagro, quedó Carlos enteramente ileso.

Al pronto, el jóven no se dió cuenta de lo que habia pasado, porque el asombro, el estupor y el aturdimiento

ocuparon los primeros instantes. Pero muy luego comprendió todo el horror de su situación, y como sucede por lo comun, la imaginación vino á exagerarle los peligros que corria. Lo espantoso de la explosión persuadió fácilmente á Carlos de que gran parte de la población habia sido destruida. Figurábase ver al que habia quedado con vida, huyendo lejos del lugar de la catástrofe, y no queriendo volver á ocupar sus medio arruinados hogares. «¿Qué será de mí, decía, preso en esta especie de tumba? me creerán muerto, y no no me buscarán y aquí moriré de hambre ó aplastado por este techo que crujе bajo el peso de los escombros aglomerados sobre él. Es preciso salir de aquí á todo trance.» y el jóven empujó con vigoroso brazo las vigas, pero la mole que tenia encima resistió como una roca. En la cúspide del tinglado no habia tierra ni escombros, por que éstos resbalaron hácia el pié; así es que Carlos pudo ver entre el espacio de una y de otra viga, retazos del cielo azul salpicado de brillantes estrellas. Probó á subir hasta allí para intentar la salida, pero se estropeó inútilmente sus delicadas manos.

Entonces se trabó en el alma sombría del jóven esa lucha, en que parece que el Angel de la guarda y el demonio pronuncian en nuestros oidos, el uno su bendito consejo, el otro su instigación infame. El espíritu de la desesperación parecia decirle, ¿qué esperas? Pégate un tiro. Nó, replicaba otra voz interior; mientras te quede vida te queda esperanza y no debes renunciar á ella...»

Carlos se resignó á esperar; pero ¿lo creeréis? aquel espíritu fuerte que tanto aliento mostraba para hacer pedazos la imagen del Cristo de Chalchicomula, aquel hombre blasfemo, no blasfemó. Y es que el jactancioso y fanfarron valor de los impios no es más que orgullo; y ese valor del orgullo necesita testigos para mostrarse, porque en la soledad desaparece. Así es que ante aquel peligro solitario, Carlos sintió miedo, y ¿de qué le hubieran servido las blasfemias, si no tenia admiradores?

De repente, el jóven vió iluminarse su prision por un resplandor rojizo, y un punzante holor á humo invadió aquella especie de sepultura. Era que varios maderos encendidos, de los que arrojó la explosión, habian caído en el tinglado que protegía á Carlos, y aun-

que el fuego tardó algo en comunicarse al fin habia prendido, y habia empezado á devorar lentamente el combustible que encontraba á su alcance.

¡Horrible situación! Ya no se trataba de un peligro lejano; de morir de hambre á los cuatro ó cinco días, en cuyo plazo podia caber la esperanza de salvación, nó. La espantosa muerte que amenazaba á Carlos, tardaria en llegar media hora á lo sumo... Entonces el jóven lanzó aterrado un grito supremo que resumia su amor, sus creencias y su esperanza; se acordó de la santa mujer que le habia llevado en su seno, que le enseñó la primera oración, que amoldó sus labios para que pronunciara fácil y dulcemente el nombre de Dios, y al venirle este recuerdo exclamó:

—¡Madre mia, Dios mio, socorro, salvadme!

El ateo habia desaparecido instantáneamente; el creyente salia de entre las brumas de la impiedad con toda la fé de los primeros años.

Entretanto el incendio avanzaba, y el humo sofocaba al prisionero.

—¡Aire, Dios mio! exclamó; ¡aire, que me muerol!

Y faltándole súbitamente la respiración, cayó desmayado.

Para acabar.

Al dia siguiente en la iglesia de Chalchicomula veíase arrodillado ante la imagen de Nuestro Señor Jesucristo un jóven oficial que no era otro que nuestro valiente Carlos, salvado milagrosamente de la muerte por el párroco del pueblo auxiliado de otras personas caritativas.

El impio ya no blasfemaba si no que derramaba lágrimas de gratitud y arrepentimiento.

Y es que «el dolor es un gran maestro del hombre, un gran bienhechor, un grande amigo. Tal vez un poco duro y nada agradable, pero no por eso menos precioso.»

Con estas palabras comienza el anterior relato, que con ligeras variaciones de forma hemos copiado de *El Mensajero del Sagrado Corazon de Méjico*, donde lo publica D. Francisco Flores Alatorre, y con las mismas palabras queremos terminarlo.

Si: el dolor es un gran maestro.

¡Hemos visto tantos ejemplos! como decía D. Justo el de Chalchicomula. No ha mucho tiempo un querido amigo nuestro, hombre de talento mas por desgracia bastante incrédulo, despues

de sesenta y pico de años de burlas y chanzonetas contra el catolicismo, moría en brazos de la Compañía de Jesús á la cual habia aborrecido siempre de todo corazón. El dolor le cambió á última hora las opiniones.

Tiene la muerte mucha fuerza para hacer estos cambios.

En cambio carece de ella para hacer que un creyente reniegue á última hora de su fé.

¡Que rayo de luz para descubrir la verdad!

¡QUE TE QUEMAS!

Hallábase días pasados cierto amigo (jóven de la cáscara amarga) un poco picado de la *mosca filosófica*, cuando encontrándose en la calle á un anciano sacerdote con quien gozaba de cierta confianza, se encaró con él y sin decir «agua vá,» disparóle á quemarropa esta pregunta.

—Señor cura, usted que es tan.... *ilustrado*, ¿podrá usted decirme en pocas palabras para qué sirve la piedad?

—Mira, hijo mio, contestó el anciano con la mayor tranquilidad del mundo; sirve, para que, en vez de ser toda tu vida un desdichado aunque te lluevan los millones, seas un hombre feliz, (tanto es posible serlo acá en la tierra) aunque te lluevan las calamidades y las penas.

Sirve, si tienes hijos, para que, en vez de ser esos hijos unos *lai-cas* llenos de malas pasiones, que algun día te maten á disgustos, sean unos hijos sumisos y bien educados, que te consuelen y sean tu apoyo en la vejez.

Sirve, para que, en las amargas horas de infortunio, cuando Dios pruebe tu alma como prueba la de todos los hombres purificándolas en el fuego de la tribulación, en lugar de desesperarte y saltarte la tapa de los sesos, como hacen los incrédulos, mires las cosas por el lado de la fé y firme en la creencia (que no ha de salirte fallida) de que tienes un padre en el cielo que mira por ti y lo hace ó permite todo para tu bien, confies en su amorosa providencia y atraveses tranquilo las tempestades de este mundo hasta llegar al puerto de la verdad.

Sirve, para que, en vez de ser una alimaña esclava de sus apetitos, como lo son casi todos los que dan rienda suelta á los malos instintos de su cora-

zon y dejan crecer en él a sus anchas el zarzal de todos los vicios, te domines, y con la ayuda de la gracia vayas perfeccionándote poco á poco, hasta llegar á ser dueño de ti mismo, y sugetar tus pasiones á la razón y la razón á Dios, en el cumplimiento de cuya leyes encuentra el hombre cuanto puede apetecer.

Sirve en fin, para otras muchas cosas que no es posible espresar en pocas palabras, pues la piedad es *util para todo*; ella empieza arreglando el alma y acaba por arreglar el cuerpo y hasta el bolsillo, pues tarde ó temprano, no hay hombre de bien que buscando el reino de Dios y su justicia, y haciendo de buena fé todo lo que esté en su mano no reciba por añadidura el pan nuestro de cada día.

Más para lo que aprovecha sobretodo (y esto es lo más importante), es para morir tranquilo despues de haber vivido en paz y gracia de Dios; porque al buen cristiano aunque la tema no le horroriza la muerte.

He aquí, apropósito de este asunto, un hermoso pensamiento de Mozart, sobre el cual pensamiento te ruego reflexiones un poco, pues en él se halla admirablemente fotografiada por si misma el alma pacífica y tranquila del hombre de fé:

“Como la muerte, bien considerado, es el verdadero objeto de la vida, hace muchos años me he familiarizado de tal modo con ella, que su imágen, en vez de astartarme me es dulce y consoladora. Doy gracias á Dios, porque me ha concedido ver en ella la llave de nuestra verdadera bienaventuranza. Nunca me acuesto sin pensar que, aunque soy jóven, puedo morir aquella noche; y sin embargo, los que me conocen pue en afirmar que este pensamiento jamás me entristeció. De este beneficio rindo gracias á Dios todos los días, y se lo deseo sinceramente á todos los hombres, mis hermanos.”

Cuentan las crónicas, que mi amigo el *filósofo*, desde aquel día, no ha podido olvidar el pensamiento de Mozart, ni la lección del viejo sacerdote. Porque es lo que él me decía despues tornando á su eterno filósofo:

—«Si despues de tantos afanes y luchas como sostiene uno en este mundo, al fin pasa la vida rabiando y muere con la purga en el cuerpo, sin tener tranquilidad ni aun para cerrar el ojo y estirar la pata ¿no resulta uno más desdichado cien veces que esos *fanáticos* de quien todos nos burlamos porque van mucho a la Iglesia, cuando tal vez por dentro son más felices que

nosotros? ¿Si sera posible que con nuestras brillantes carreras, títulos y pretensiones estemos los *ilustrados* tocando el violon por todo lo alto para que los *beatos* disfruten de la orquesta?

—¡Que te quemás! le contesté yo sin añadirle más.

—Y desde entonces cada vez que lo encuentro aun sigo diciéndole:

—¡Que te quemás!

A. C y G.

VARIEDADES

EL LEOPARDO Y LA ARDILLA

¡Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la misera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pié del tronco dormita.

Qué horror! qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encójese la cuitada,..
Tiembra...dobla su rodilla...
Al cabo le habló la Fiera
Así, templando sus iras:

—“Te perdono la vida, bestia inermel
Con esta condicion, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El por qué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en tí siempre rebosa,
Mientras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.”

—“Ah, Señor (le responde) tan rendida
Por ese don que me otorgais me veo,
Que os diré la verdad; pero...subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regia de oratoria recibida,
Que suba en alto el orador pigmeo.
¿Lo consentis, Señor?”

—“Vé sin demora!”
—“A...jé...já! Puesta en salvo, escucha ahora”

¿Es posible?
Rey temible,
Que no sepas á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

¡La inocencia!
Vé la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién le goza, dime, quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ni á ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil,
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el cielo
Cuando es fuerza padecer.

Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad....!
No! la sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambicion,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razon.,

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la Fiera, con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
"¿Qué os sucede, Señores?" (dijo saltando
Con irónica risa la Alimaña.)
Su Alteza comprendió en aquel momento
Que sin virtud la vida es un tormento.

Cayetano Fernandez

Págs. asociadas.

Sicut vita....

Uno de los hombres que más daño han hecho en Bélgica al catolicismo, el Ministro libre pensador Van Humbeeck, que por imitar lo que hacía Julio Ferry en Francia, suprimió en su país la enseñanza religiosa en las escuelas, ha muerto como ya digimos á nuestros lectores.

Segun dicen los periódicos, el desdichado era mason pero tenía un resto de fé y á última hora (como sucede siempre) quiso morir cristianamente, pidiendo con insistencia un Sacerdote.

—¡Un Sacerdote! repetía el pobre hombre ¡que venga un Sacerdote!

Mas los masones amigos suyos que rodeaban la cama hicieron con él lo que con Victor-Hugo; dieron por supuesto sin duda que habia perdido la cabeza y le dejaron morir como un perro sin auxilios religiosos de ninguna clase.

¿Fue esto un castigo de Dios?

No podemos saberlo.

Solo sabemos que conforme es la vida suele ser la muerte.

Y allá va una prueba

El R. P. Le Pailleur, fundador de del instituto de las Hermanitas de los Pobres, modesto y pobre sacerdote á cuya caridad y celo se debe el que hoy haya va en mundo doscientos sesenta y dos establecimientos benéficos donde se albergan 50,000 infelices desamparados, asistidos por 4000 hermanitas, sitiéndose exhausto de fuerzas y próximo á la muerte, ha dirigido á sus hijos esta hermosa carta digna de un apóstol:

"Mis amados Hijitos: Tengo 78 años: es mucha edad: siento su gran peso y me advierte que piense en mi fin, pues no puede ya estar lejos.

"Considero como terminada la obra que Dios me habia confiado, y tengo lá seguridad de que no me aparto de su divina voluntad consagrando el tiempo que se digne concederme de vida á prepararme, en el retiro y en la oracion, para mi muerte y para mi eternidad.

"Me despido de vosotros para siempre. Aunque materialmente me ausente, conservaré el mismo afecto á mi *pequeña familia*

"Pedid mucho por mí, Hijitos míos, que yo pediré mucho por vosotros. Ruego á Dios que os bendiga. Vuestro padre, *Le Pailleur*, Presbítero."

¡Que manera de morir tan hermosa tienen los santos!

Y que distinción es de la muerte de los impios.

Le Pailleur no ha muerto aun, pero es seguro, dada la misericordia de Dios, que morirá como han muerto Don Bosco, Vicente de Paul, y tantos otros; con la sonrisa en los labios.

Otro gran milagro en Lourdes.

La Señora Oppenan, vecina de Joulaville, padecía un tumor canceroso en el vientre complicado con hidropesía; estaba extraordinariamente hinchada. Además, sea por efecto de ese mismo mal, ó por una desgraciada coincidencia, una de sus manos estaba también *roída* por un cáncer. El médico que la visitaba, viéndola resuelta á ir á Lourdes, la disuadió, advirtiéndola que iba á la muerte:

—Ya puede usted despedirse de su familia, le dijo, porque no la volverá usted á ver; en el viaje, las llagas van á abrirse, y va usted á sucumbir á la hemorragia.

Estas terribles predicciones tenían toda la apariencia de convertirse realidad. En efecto, ya cuando llegó á Poitiers, empeoró de tal manera, que despues que salió de aquella ciudad, la agravacion exigió que se le administrasen los sacramentos, porque, como se le habia predicho, la hemorragia sobrevino.

A pesar de todo, insistió en continuar el

viaje y llegó á Lourdes completamente exhausta de fuerzas. Llevada á la piscina, se desmayó; sin embargo, de lo cual se la sumergió en aquella agua milagrosa, confiando en la proteccion de la Santísima Virgen. Mas cual no seria el asombro de todos cuando al salir del baño se vió que la carcomida mano habia quedado instantáneamente cicatrizada, y la alarmante hinchazon del vientre habia desaparecido por completo? El cambio fné tan súbito que hubo que estrechar todas sus ropas para poderla vestir nuevamente.

Este ha sido uno de los milagros más ruidosos ocurridos con motivo de la gran peregrinacion nacional del dia de la Asuncion.

Así responde el cielo á las burlas de la impiedad.

Ahora, los periódicos impios no sabiendo como defenderse de la evidencia de las curaciones portentosas que les abruman, han dado en decir que son efecto de la *sugestion*. Es decir que los enfermos se curan porque *se lo creen* y por efecto del mismo deseo de curarse.

¡Que descubrimiento!

Lástima que no se hubiese hecho antes.

Porque enfermos con ganas de curarse los ha habido siempre, solo que....no se habia descubierto el secreto.

¡Cuanta farsa!

Y no faltan gantes que tienen bastantes tragaderas para creer lo de la *sugestion* y no las tienen para creer que Dios hace milagros.

BIBLIOGRAFIA.

Hemos recibido el cuaderno quinto del gran DICCIONARIO APOLOGETICO DE LA FÉ CATÓLICA, que publica la Sociedad editorial de S. Francisco de Sales. (Boisa 10 principal Madrid.) Contiene magníficos artículos llenos de erudicion y de ciencia, dignos de ser leídos por todo el mundo. Recomendamos de nuevo esta obra á las personas que deseen instruirse en las materias científico-religiosas para poder contestar á las objeciones que la incredulidad opone hoy á las verdades reveladas.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, buerras, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Boisa 10 y en las demas librerías católicas.